

**Carta pastoral**

**“PEREGRINOS DE ESPERANZA”**



**Mons. Antonio Prieto Lucena**  
**Obispo de Alcalá de Henares**

**Septiembre 2024**

# **“PEREGRINOS DE ESPERANZA”**

## **CARTA PASTORAL PARA EL**

### **CURSO 2024-2025**

#### **ÍNDICE**

<b>INTRODUCCIÓN</b> . . . . .	<b>3</b>
<b>1. ESPERANZA Y EVANGELIZACIÓN</b> . . . . .	<b>5</b>
1.1. La desesperanza pastoral. . . . .	5
1.2. El fundamento de la esperanza. . . . .	6
1.3. Los pecados contra la esperanza y la importancia de la oración .	7
1.4. La esperanza que no defrauda . . . . .	8
1.5. Ante la tribulación y el sufrimiento . . . . .	10
1.6. Esperanza y conversión personal . . . . .	11
<b>2. EL JUBILEO 2025: MIRAR EL FUTURO CON</b>	
<b>ESPERANZA.</b> . . . . .	<b>13</b>
2.1. La peregrinación jubilar. . . . .	13
2.2. La indulgencia plenaria . . . . .	14
2.3. Escutar los signos de los tiempos . . . . .	15
2.4. Ser para los demás signos de esperanza . . . . .	18
2.4.1. En un mundo en guerra . . . . .	18
2.4.2. Ante la pérdida del deseo de transmitir la vida . . . . .	19
2.4.3. Para los que viven en condiciones de penuria . . . . .	20
2.4.4. Para los jóvenes y para los ancianos. . . . .	22
2.4.5. Las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. . .	25
2.5. En el Aniversario del Concilio de Nicea. . . . .	28
2.6. La esperanza definitiva y el testimonio de los mártires. . . . .	29
<b>CONCLUSIÓN</b> . . . . .	<b>31</b>

# “PEREGRINOS DE ESPERANZA”

Queridos diocesanos de Alcalá de Henares:

El curso 2024-2025, que estamos comenzando, está marcado por el gozoso acontecimiento del *Año Jubilar ordinario*, que comenzará en Roma el 24 de diciembre, con la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro del Vaticano, y el 29 de diciembre en nuestra Catedral Magistral, con una Eucaristía solemne que estará precedida por una peregrinación desde la Parroquia de Santa María, de la ciudad de Alcalá de Henares. Como no puede ser de otro modo, el Jubileo debe orientar la pastoral del nuevo curso y ser fuente de inspiración para nuestra oración, catequesis, programaciones y acción evangelizadora.

En el año 1500, Bonifacio VIII fue el primer Papa que instituyó un *Año Santo* o *Año Jubilar*, con la intención de que los cristianos pudieran peregrinar a Roma, atravesar la Puerta Santa de la Basílica Vaticana, y acercarse al tesoro de la misericordia de Dios que es la indulgencia plenaria. Su idea tuvo mucho éxito. Numerosos fieles se reconciliaron con Dios y con sus hermanos, cambiando sus vidas a mejor. Desde entonces, este gesto se repite cada 25 años. Desde el último Año Jubilar ordinario, en el 2000, muchas cosas han cambiado en nuestro mundo. Vivimos no solo una época de cambios, sino un *cambio de época*<sup>1</sup>. Entre otros muchos acontecimientos, hemos pasado una pandemia, a nivel mundial, que nos ha hecho tocar nuestra fragilidad; y han estallado a nuestro alrededor diversos conflictos bélicos, que amenazan con extenderse a otras regiones del mundo y generalizarse.

El Papa Francisco ha querido que el Jubileo 2025, bajo el lema “Peregrinos de esperanza”, esté dedicado a la esperanza cristiana, y ha escrito una preciosa Bula de convocatoria, *Spes non confundit* (SNC),

---

<sup>1</sup> Cfr. FRANCISCO, *Discurso* 21-XII-2019.

que está llena de profundas reflexiones y sugerencias concretas que debemos asimilar para nuestra vida diocesana. En esta carta pastoral no pretendo más que glosar algunas de estas consideraciones y propuestas del Papa, y buscar su aplicación a nuestra iglesia particular.

# 1. ESPERANZA Y EVANGELIZACIÓN

La Bula del Papa comienza haciendo referencia a la esperanza como fenómeno humano: *“Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad”* (SNC 1).

La esperanza humana radica en la historicidad de nuestra condición creatural. Vivimos en un presente que se ha ido forjando a partir del pasado y se proyecta hacia un futuro incierto. En cuanto criaturas, somos limitados; pero, al haber sido creados a imagen y semejanza de Dios (cfr. Gn 1,27), llevamos en el corazón aspiraciones de infinito. Estamos hechos para la felicidad. Cuando creemos que ésta es posible, aunque sea un bien arduo<sup>2</sup>, brota en nosotros la esperanza. Cuando no tenemos confianza de poderla alcanzar, entonces caemos en la desesperación.

La esperanza es sinónimo de ilusión, de movimiento, de esfuerzo, de tesón. Como nos recuerda el Papa, está emparentada con la paciencia y la perseverancia (cfr. SNC 4). En cambio, la desesperación genera bloqueo, parálisis de la acción, apatía, profunda insatisfacción, cerrazón, murmuración, crítica, intolerancia y falta de compromiso con proyectos que son más grandes que nosotros mismos.

## 1.1. La desesperanza pastoral

Aun considerada solo en su dimensión humana, comprendemos la importancia que tiene la esperanza para la evangelización, y la gran intuición que ha tenido el Papa de dedicar el Jubileo a la esperanza.

---

<sup>2</sup> Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 40, a. 1.

Sin esperanza no es posible el celo apostólico. Lo constatamos frecuentemente a nuestro alrededor. Oímos hablar de hermanos nuestros, sacerdotes, consagrados o laicos, que se han “quemado” en su servicio a la Iglesia, que han perdido la esperanza. Seguramente, tienen razones suficientes para ello, han podido sufrir decepciones, frustraciones y desengaños, que les han llevado a esa situación. Son momentos complicados, que deberíamos saber comprender y acompañar con la mayor caridad pastoral. La escucha y la misericordia deben ser siempre los distintivos que marquen nuestra manera de actuar.

Este desánimo pastoral, debido a muchos factores, incluso puede que se haya convertido en un fenómeno colectivo, en una atmósfera densa y pesada, que se traduce en quejas estériles, en nostalgias de tiempos pasados y en una triste y equivocada convicción de que, en realidad, nada se puede hacer. En este contexto, cuando alguien nos habla de entusiasmos por Cristo, de afrontar nuevos proyectos y padecer tribulaciones por Él, de servicio a la Iglesia y a los hermanos, nos parece que es un iluso que todavía no se ha topado con la realidad. Hoy, más que nunca, necesitamos renovar nuestra esperanza. Si algo necesita la Iglesia de nuestros tiempos es esperanza. Puesto que es un don, pidámosla al Señor con todo nuestro corazón.

## 1.2. El fundamento de la esperanza

La película italiana “Comprométete”, de Alessandro D’Alatri, narra la historia de unos novios, Tommaso y Stefania, que afrontan la aventura del matrimonio. En esta aventura, les acompaña un sacerdote bastante singular, Don Livio, que quiere hacerles conscientes de todas las dificultades que tendrán que afrontar en un futuro incierto. La intención de Don Livio es que comprendan que ellos solos no podrán llevar el proyecto a buen término, que necesitan la ayuda de Dios y de los demás. Llegado el momento de la celebración, en la homilía, Don Livio viene a decirles que, en esta vida, solo hay una cosa peor que “no tener esperanza”, “lo peor es que esa esperanza no tenga fundamento”.

Está bien dicho. El fundamento es un elemento diferencial de la esperanza humana y la esperanza cristiana. En la esperanza humana, el fundamento se pone en las propias fuerzas o en la ayuda de los demás. En la esperanza cristiana, el fundamento se pone en Dios. La esperanza cristiana se basa en el hecho de que Dios nos llama a la plena comunión con Él, que es el mayor bien que existe. Un bien que es imposible de alcanzar con nuestras fuerzas humanas, pero Dios se compromete a enviarnos todos los medios que necesitamos para alcanzarlo.

La esperanza cristiana es don de Dios, pero también es tarea humana. El hombre no debe permanecer pasivo, cruzándose de brazos, está llamado a cooperar activamente. “*Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti*”, decía San Agustín<sup>3</sup>. El hombre está llamado a colaborar con Dios haciendo fructificar los bienes que recibe de Él. Esta colaboración debe hacerla con esfuerzo y valentía, pero también con mucha humildad, reconociendo su nada y su total dependencia de Dios, en una actitud opuesta a la suficiencia farisea.

### 1.3. Los pecados contra la esperanza y la importancia de la oración

Pensar que lo que Dios nos pide es imposible es un pecado: el pecado de *desesperación*<sup>4</sup>. Consiste en no confiar en la ayuda de Dios. Esto ofende a Dios, que vela siempre por nosotros y nos da todo lo que necesitamos para nuestra santificación. Podemos tener tentaciones de desesperación a la hora de cumplir los mandamientos o aceptar la voluntad de Dios, en determinadas circunstancias. También podemos sentir desesperación a la hora de asumir determinadas tareas, ante las que flaquean nuestras fuerzas, por superarnos completamente. Aunque las sintamos, tratemos de no ceder a esas tentaciones, acudamos con prontitud a Dios y pongamos todos nuestros miedos en sus manos.

---

<sup>3</sup> SAN AGUSTÍN, *Sermón* 169, 11, 13,

<sup>4</sup> Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 20. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 2091-2092.

Digámosle como San Agustín: “*da lo que pides y pide lo que quieras*”<sup>5</sup>. Recordemos lo que dice el Concilio de Trento: “*Dios no manda cosas imposibles, sino que, al mandar lo que manda, te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas y te ayuda para que puedas*”<sup>6</sup>.

El otro pecado contra la esperanza está en el extremo opuesto. Es la *presunción*<sup>7</sup>, que consiste en creer que podemos alcanzar el fin de la bienaventuranza sin la ayuda de Dios, por otros medios que no proceden de su don. Como ya hemos dicho, la esperanza cristiana supone poner la confianza solo en Dios (*sperat Deum a Deo*)<sup>8</sup>. El profeta Jeremías lo afirma con toda contundencia: “*maldito el hombre que confía en el hombre, mientras su corazón se aparta de Dios*” (Jr 17,5).

A la luz de estos dos pecados contra la esperanza, comprendemos la *importancia de la oración* para conservar viva nuestra esperanza teológica<sup>9</sup>. La oración, en efecto, es como el lenguaje de la esperanza. Quien no reza es porque no espera nada, o porque cree que lo que espera podrá alcanzarlo sin la ayuda de Dios. Aquí cobra toda su importancia la espiritualidad de los *pobres de Yahvé*, del Antiguo Testamento, que consistía en confiar solo en la acción de Dios y en hacer de la oración un estilo de vida. Quizá, detrás de nuestra falta de esperanza, lo que hay en realidad es una falta de oración, de relación personal con Dios. Si rezáramos más y mejor, seguramente tendríamos más esperanza.

#### 1.4. La esperanza que no defrauda

Para explicarnos el dinamismo de la esperanza cristiana, el Papa Francisco se refiere a la expresión de San Pablo (SNC 2): “*Justificados,*

---

<sup>5</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones* 10, 29, 40.

<sup>6</sup> CONCILIO DE TRENTO, *Sesión VI*, 11.

<sup>7</sup> Cfr. *Ibid.*, II-II, q. 21.

<sup>8</sup> La dinámica básica de la esperanza apunta no tanto al objeto esperado cuando a la acción divina, cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De spe*, q. un., a. 1.

<sup>9</sup> La oración es, en efecto, una “escuela de la esperanza”, cfr. BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*, n. 32-34.



*entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por Él, hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por Él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. [...] Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”* (Rm 5,1-2.5). Es un texto precioso, en el que se entrelazan las tres virtudes teologales, que expresan la esencia de la vida cristiana (cfr. SNC 18). La esperanza es la que señala la orientación e indica la dirección y la finalidad, que ilumina todo el camino. Por eso necesitamos tanto la esperanza.

Es interesante recordar el contexto en el que San Pablo escribe estas palabras a los cristianos de Roma. Se trata de un momento crucial de su vida, en el que de estar evangelizando en la zona del Mediterráneo oriental, ahora presiente que Dios le pide que llegue hasta España, en los confines de occidente (cfr. Rm 15,24-28). En este camino, Roma, como capital del Imperio, era escala obligatoria. Por eso escribe la Carta a los Romanos, para anunciarles su próxima llegada y para anticiparles las líneas maestras de su “evangelio” (Rm 2,16; 16,25).

La doctrina de Pablo se resume en que toda la humanidad está bajo el dominio del pecado, causa de muerte para el hombre, tanto en sentido físico como en sentido espiritual. Nada ni nadie hasta Jesucristo, ni siquiera la ley de Moisés, ha podido librar al hombre de este trágico destino de pecado y muerte. Pero a partir de Cristo todo cambia. Con su propia muerte, Cristo le ha quitado a la muerte su aguijón (cfr. 1Co 15,56) y nos ha librado de nuestro infausto destino. Con su resurrección, Cristo hace posible la nuestra y nos encamina hacia una vida nueva e imperecedera (cfr. Rm 6,4-14). Una vida nueva, que comienza ya aquí, en la tierra, pero que, bajo la acción eficaz del Espíritu Santo, tiene que ir creciendo hasta que Dios nos libere definitivamente y nos lleve junto a Él para siempre (cfr. Rm 8,1-39).

Esta es la verdadera esperanza que no defrauda (cfr. Rm 5,5). Es la virtud que el mismo Apóstol necesita para afrontar una nueva etapa de su vida. La describe como una realidad presente, que nos permite superar

todas las adversidades y que nos abre la puerta a un futuro glorioso. No se trata de un optimismo fácil ni de una evasión perezosa del presente. Todo lo contrario. La fe en Cristo no nos pone a cubierto de toda adversidad. Hasta es posible que las contrariedades aumenten, pero el cristiano sabe que la vida nueva de Cristo triunfará y tendrá la última palabra. Por eso espera confiado. La raíz de esta confianza ilimitada es el amor de Dios al hombre. Un amor que ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado. Y la prueba de que Dios nos ama es Cristo, a quien Dios entregó a la muerte por nosotros cuando todavía nosotros éramos pecadores (cfr. Rm 5,6-11).

### 1.5. Ante la tribulación y el sufrimiento

San Pablo sabía muy bien que la tribulación y el sufrimiento son el pan cotidiano del Apóstol, llamado a anunciar el evangelio en contextos de incompreensión y persecución (cfr. 2Co 6,3-7). A él le tocó padecer golpes, cárceles, infortunios, contrariedades, fatiga, noches sin dormir y días sin comer, en medio de su tarea misionera, hasta el punto de afirmar: *quotidie morior, "cada día muero"* (1Co 15,31), a causa del celo por sus hermanos. Según el Apóstol, el secreto para resistir y sobreponerse es la gracia de Dios, que sobreabunda en la persecución. La fortaleza del Apóstol es prestada, viene del Espíritu Santo, que sostiene toda su acción evangelizadora.

Como vemos, la esperanza cristiana es capaz de iluminar dos problemas humanos de enorme importancia: el sufrimiento y la muerte. Se trata de dos problemas que no podemos suprimir ni ignorar. Ponen de manifiesto que una esperanza fundada solo en los bienes materiales y en el esfuerzo humano no puede colmar el corazón del hombre. “¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol?” (Ecl 1,3). Ante el dolor y la muerte solo hay una salida: esperar algo nuevo, que no sea fruto de la acción humana, y que solo sea posible por la acción de Dios.

Como señala Benedicto XVI, debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo por completo del mundo no está

en nuestras manos. No podemos desprendernos de nuestra limitación, ni somos capaces de eliminar el poder del mal moral, que nos causa tanto daño a nosotros y a los demás. Esto solo puede hacerlo Dios, y solo un Dios que, haciéndose hombre, ha entrado personalmente en nuestra historia y ha sufrido en ella<sup>10</sup>.

## 1.6. Esperanza y conversión personal

Si queremos que nuestra Diócesis de Alcalá de Henares se ponga en “estado de misión” necesitamos *convertirnos a la esperanza*. En el Antiguo Testamento, los profetas tuvieron esta tarea de despertar la esperanza en un pueblo que tendía continuamente a instalarse en la tibieza y en la mediocridad.

En efecto, el pueblo de Israel tuvo la tentación de pensar que todo había acabado con la llegada e instalación en la tierra prometida. La vida fácil, las comodidades, la falsa seguridad de los éxitos conseguidos hicieron que los israelitas se olvidaran de Dios y cayeran en el pecado de idolatría. Olvidaron su vocación de *viatores*, de estar siempre caminando y esperando las promesas de Dios, y prefirieron contentarse con una vida aburguesada. Es una tentación siempre presente, a la que debemos estar atentos. Una fe que no genera esperanza es una fe muerta. Si nos falta esperanza deberíamos revisar la calidad de nuestra fe y nuestro apego a falsos ídolos, que nos prometen una felicidad fácil e inmediata, pero que nos precipitan en el vacío existencial y en la condenación.

Como nuestros antepasados judíos, necesitamos profetas que denuncien nuestro pecado y nuestra mediocridad, pero que también nos anuncien que Dios sigue siendo fiel a sus promesas, por lo que es posible seguir esperando. He aquí una clave fundamental de la esperanza cristiana: a pesar de la infidelidad de su pueblo, Dios promete que sus dones son irrevocables (cfr. Rm 11,29). Llegado el fatal desenlace del destierro de la tierra prometida, en el peor momento de la historia de

---

<sup>10</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*, n. 36.

Israel, Dios mira el futuro y promete establecer una nueva Alianza (cfr. Jr 31,31-34; Ez 36,26-32).

Dios es grande, mucho más grande que nuestros pecados y que nuestras cortas aspiraciones. Su misericordia es eterna (cfr. Sal 100,5). Esta es también la grandeza de la esperanza cristiana, que dilata nuestra capacidad de actuar, porque sostiene nuestro esfuerzo en el camino hasta alcanzar los bienes prometidos. La esperanza cristiana, en efecto, es la *virtud del caminante*. Tiene la capacidad de regenerar todas nuestras acciones, vivificándolas por dentro, ordenándolas y validándolas como un anticipo de la vida plena a la que apuntan.

Necesitamos convertirnos a la esperanza. Vivimos momentos de profundos cambios sociales y culturales y no sabemos bien lo que debemos hacer ni cómo situarnos. A veces, experimentamos la confusión y la desorientación. Las nuevas circunstancias nos impelen a afrontar nuevos desafíos en nuestra fidelidad a la fe y en nuestro modo de evangelizar. Bajo toda esta presión sociocultural, podemos tener la tentación de bajar de la cruz y evadirnos en una vida mediocre. ¡Despertemos a la esperanza! Dios no abandona a su pueblo. Los momentos de crisis son también momentos de grandes oportunidades.

Comencemos la transformación del mundo con nuestra propia *conversión personal*. Como dice el Apóstol San Juan: “*el que tiene esta esperanza en Él se purifica a sí mismo*” (1Jn 3,3). En momentos de desolación hay que volverse a Dios, con renovada confianza, sabiendo que Él está con nosotros, y siempre será fiel a sus promesas. En momentos de crisis como los nuestros, los profetas del Antiguo Testamento sabían que al menos unos pocos, un *resto de Israel*, acogería su llamada a la conversión y se mantendría fiel al Señor. Esto les daba confianza, ya que tenían la convicción de que, en el plan de Dios, el testimonio de una minoría era capaz de mantener la esperanza de la humanidad entera<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> “*El género humano subsiste gracias a unos pocos; si ellos desaparecieran, el mundo perecería*”: PSEUDO-RUFINO, *Sententiae* III, 118. Citado por BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*, n. 15.

## 2. EL JUBILEO 2025: MIRAR EL FUTURO CON ESPERANZA

La reflexión que hemos realizado hasta el momento nos invita a mirar el futuro con esperanza cristiana. Este es el objetivo del Jubileo del año 2025. En su Bula de convocatoria, el Papa Francisco nos dice que, si la vida cristiana es un camino, necesitamos “*momentos fuertes para alimentar y robustecer la esperanza*” (SNC 5). Eso debe ser el Jubileo para todos, un momento fuerte para salir renovados en nuestra esperanza.

### 2.1. La peregrinación jubilar

Como nos recuerda el Papa, la *peregrinación* es un elemento fundamental del Jubileo. Peregrinar es como una parábola de la vida. El cristiano sabe que tiene su origen en el amor de Dios y que está llamado a participar de ese amor para siempre. Tenemos un punto de salida y un punto de llegada, y la esperanza de alcanzar la meta anima cada uno de los pasos del peregrino. Peregrinar supone redescubrir el valor del silencio, del esfuerzo, de la ayuda de los demás y de aprender a vivir con lo esencial, sin necesidades artificiales (cfr. SNC 5).

Para vivir esta experiencia, nuestra Diócesis está organizando una peregrinación a Roma, los días 21 al 28 de febrero de 2025, con diversas opciones de participación. No solo podremos recibir la indulgencia plenaria, atravesando la puerta santa de la Basílica de San Pedro y cumpliendo las condiciones establecidas, sino que también podremos visitar lugares emblemáticos para la espiritualidad cristiana, en Roma y en otras ciudades italianas, armonizando la oración, como nos pide el Papa, con la contemplación de la belleza, que es un camino privilegiado de acceso a Dios. Esta peregrinación también quiere ser una ocasión de convivir y de compartir juntos el gozo de la fe.

Dentro de nuestra Diócesis, también se establecerán diversos itinerarios de peregrinación a *santuarios jubilares*, en las diferentes zonas geográficas, para facilitar a los fieles la recepción de la indulgencia

plenaria. Invito a todos los diocesanos de Alcalá de Henares a participar en la peregrinación a Roma o a estos santuarios jubilares de la Diócesis, organizados por parroquias, arciprestazgos, vicarías, delegaciones, asociaciones, cofradías o movimientos.

Desde la Diócesis, se está trabajando para ofrecer a las parroquias y a los peregrinos una *catequesis* y una *guía de oración* para aprovechar lo más posible estas jornadas de peregrinación jubilar, en las que no debe faltar la posibilidad de recibir el *Sacramento de la Reconciliación*. En efecto, el Papa Francisco quiere que las iglesias jubilares sean como “*oasis de espiritualidad*” (SNC 5), en los que se pueda revitalizar el camino de la fe y beber de los manantiales de la esperanza, sobre todo acercándonos a la confesión sacramental, que es punto de partida insustituible para un verdadero camino de conversión. Por eso, nos pide a los sacerdotes que estemos, durante este año jubilar, especialmente disponibles para la celebración del sacramento en su forma individual.

## 2.2. La indulgencia plenaria

Junto a la peregrinación, otro elemento esencial de un Año Jubilar es la *indulgencia plenaria*. Sabemos que, si nos confesamos bien, Dios perdona siempre nuestras culpas, por graves que sean. Dios no se cansa nunca de perdonar<sup>12</sup>. Ahora bien, el pecado grave tiene una doble pena: la *pena eterna*, que es la privación de la comunión con Dios para siempre; y la *pena temporal*, que es el apego desordenado a las criaturas, que, si no se corrige, con frecuencia nos lleva a pecar de nuevo<sup>13</sup>.

Por el sacramento de la confesión se perdona la pena eterna, pero queda la pena temporal, que es el afecto al pecado, un pesado lastre que nos hace caer continuamente en las mismas faltas. Por eso es tan importante que intentemos ir a la raíz y purificarnos de nuestros malos hábitos. Para ello, contamos con los medios de la oración, las obras de

---

<sup>12</sup> Cfr. FRANCISCO, *Angelus* 17-III-2013.

<sup>13</sup> Cfr. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, nn. 1472-1479.

penitencia y caridad, además de soportar con paciencia los sufrimientos que la vida nos depara. Todo lo que no purifiquemos en esta vida, con estos medios, tendremos que purificarlo, después de la muerte, en el Purgatorio. Se trata de despojarnos del hombre viejo para revestirnos del hombre nuevo a imagen de Dios (cfr. Ef 4,24).

En esta tarea de purificación y santificación, gracias a Dios, no estamos solos. Contamos con la compañía de los santos, con los que podemos intercambiar bienes espirituales. En efecto, en el cuerpo místico de la Iglesia, la santidad de uno aprovecha a todos, así como, por desgracia, el pecado de uno daña al resto. Los méritos de los santos, y de manera del todo excepcional, los méritos de la Santísima Virgen María, son un verdadero tesoro para la Iglesia, un tesoro que se une al valor infinito de la redención de Cristo, ofrecida para que la Humanidad quedara libre del pecado y llegase a la comunión con el Padre.

La indulgencia plenaria redime la pena temporal. Es como un abrirse este tesoro de los méritos de Cristo, de la Virgen y de los santos, para ayudarnos en el camino de nuestra purificación de esta pesada carga que nos oprime. La indulgencia fue un regalo de Cristo a su Iglesia, cuando confirió a Pedro el poder de atar y desatar (cfr. Mt 16,19). Y la Iglesia, como Madre, ofrece a los fieles este tesoro inapreciable en determinadas ocasiones, como es el caso del Año Jubilar. En nuestra ciudad de Alcalá, desde el pasado 20 de abril, ya estamos disfrutando de este tesoro de la indulgencia plenaria, con motivo del Año Jubilar que nos ha concedido la Santa Sede por el 450 Aniversario de la fundación del Monasterio de Santa Úrsula. Recordemos que, para recibir la indulgencia, debemos estar bien preparados, por medio de la confesión sacramental, y cumplir las normas que, en cada caso, establece la Penitenciaría Apostólica, que normalmente incluyen la comunión eucarística y la oración por el Papa.

### 2.3. Escrutar los signos de los tiempos

Junto con la peregrinación jubilar, el Papa también nos invita a escrutar los signos de los tiempos, poniendo especial atención a

todo lo bueno que hay en el mundo, para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia (cfr. SNC 7). Es una sugerencia importante, ya que, con frecuencia, solemos fijarnos en todo lo negativo que hay a nuestro alrededor, mientras permanecemos miopes a los signos de esperanza que Dios siembra en toda realidad humana.

En el último Consejo diocesano de Pastoral, del pasado mes de junio, vivimos una experiencia de este tipo. La finalidad era estudiar la realidad sociológico-pastoral de nuestra Diócesis, para establecer objetivos pastorales y concretar acciones que nos ayudaran a alcanzarlos. Enseguida, nos topamos con nuestras dificultades. La secularización hace estragos. Por poner solo algunos ejemplos, en los últimos quince años, el número de bautismos de párvulos se ha reducido a la mitad y el número de matrimonios por la Iglesia se ha desplomado estrepitosamente, al mismo tiempo que crece el número de divorcios y avanza el proceso de disolución de la familia. Por lo que respecta al precepto dominical, estimábamos su cumplimiento solo en un 15% de nuestra población.

Constatábamos que el 70% de la población de la Diócesis se concentra en 6 de los 53 municipios de los que consta, de los cuales 12 municipios tienen menos de 1000 habitantes, lo cual plantea el enorme reto de construir *nuevas parroquias* en los núcleos más poblados, para una equilibrada atención pastoral. Se trata de un proyecto nada fácil, por la falta de suelo disponible y por la enorme inversión económica que se necesita. Al mismo tiempo, contemplábamos con preocupación que, en los últimos años, ha decrecido el número de sacerdotes y seminaristas, faltan vocaciones en nuestros conventos de clausura y comunidades religiosas de vida activa, y, en líneas generales, no se espera un relevo generacional para los laicos comprometidos, que ahora mismo están sosteniendo las obras de evangelización de nuestras parroquias. Finalmente, también apreciábamos un sensible incremento de la inmigración y de las personas en riesgo de exclusión social, además de las enormes dificultades de muchas familias para llegar a final de mes,



dado que la renta per cápita de nuestros diocesanos es entre un 34% y un 45% inferior a la media de nuestra Comunidad Autónoma.

Ante estos datos, una primera reacción puede ser sentir impotencia y derrotismo, pero en nuestra reunión del Consejo diocesano de Pastoral, veíamos que la esperanza cristiana debe impulsarnos a reconocer otros valores positivos, que pasarían desapercibidos a una mirada falta de confianza. En primer lugar, nuestra población sigue creciendo, acercándose al millón de habitantes. Esto podría verse como un desafío, pero también puede ser una ventaja, si trabajamos para que estos nuevos vecinos se incorporen en nuestras comunidades parroquiales. Es cierto que la práctica religiosa decrece en nuestra Diócesis, pero también es cierto que es más consciente y auténtica. Las personas que se acercan a pedir los sacramentos cada vez lo hacen menos por presión social, y cada vez más de manera libre y espontánea, lo cual es índice de una mayor perseverancia en la fe. Esto se ve especialmente en los adultos que solicitan los sacramentos de iniciación cristiana, que aumentan todos los años.

Por otra parte, aunque ha descendido el número de vocaciones sacerdotales, seguimos contando con uno de los presbiterios más jóvenes de España, con una edad media de 46 años. Al mismo tiempo, en los últimos años, ha crecido el laicado asociado y comprometido con la pastoral de la Iglesia. En este momento, nuestra Diócesis cuenta con 33 asociaciones y movimientos apostólicos, y 157 cofradías, que son realidades de las que podemos esperar muchos frutos de evangelización. De igual modo, no faltan parroquias, realmente vivas, que se han convertido en referentes de conversión pastoral para la nueva evangelización.

Otros signos de esperanza pueden ser que la mayoría de las familias siguen eligiendo la enseñanza religiosa escolar para sus hijos, o que varios colegios de iniciativa privada, pero con un claro ideario católico, se han instalado en nuestro territorio, con una gran demanda social. También han crecido mucho en la Diócesis las ofertas de

formación catequética y teológica, hay nuevas experiencias de primer anuncio para los alejados, y se ha multiplicado el número de voluntarios que trabajan en nuestras Cáritas parroquiales y en los Centros que se encargan de atender a las necesidades de nuestros hermanos más pobres y necesitados.

#### 2.4. Ser para los demás signos de esperanza

Reconozcamos estos signos de esperanza, no para dormirnos en una vana autocomplacencia, sino para agradecer a Dios su misericordia. Pero, al mismo tiempo, como nos invita el Papa Francisco, aprovechemos el Jubileo para colaborar con Dios en la tarea de convertir en *signos de esperanza* otras situaciones, que son trágicas y desalentadoras (cfr. SNC 10-15).

##### 2.4.1. *En un mundo en guerra*

La primera de estas situaciones es la guerra y la violencia. En su Bula, el Papa, como ha hecho ya en innumerables ocasiones, vuelve a pedir a los responsables de las naciones que lleguen a los acuerdos necesarios para que callen las armas y reine la paz en nuestro mundo. Pero también nos recuerda que todos, en nuestros pequeños ambientes, estamos llamados trabajar por la paz.

Detrás de esta llamada del Papa, yo veo una interpelación a seguir trabajando en nuestra *comunidad diocesana*. Perteneciendo a diferentes parroquias y realidades eclesiales, debemos seguir organizando eventos para pasar más tiempo juntos, para conocernos mejor, gozar en comunidad del don de la fe y llegar a organizarnos para evangelizar unidos. La unidad no es uniformidad, es cierto. Pero también es cierto que la diversidad no impide que podamos trabajar en equipo, siendo mucho más eficientes.

Como os decía en mi carta pastoral del año pasado, las semillas de división no dan ningún fruto. No las sembramos. A todos los

niveles de nuestra organización diocesana, desterremos los rencores y rivalidades que puedan existir. Es hora de establecer prioridades de acción y comprometernos todos con entusiasmo. Todos tenemos la experiencia de organizar una acción pastoral y que vengan pocos. Esto no debe desalentarnos. Así funciona la evangelización: unos siembran y otros recogen, y es Dios quien da el incremento (cfr. 1Co 3,6-14). Normalmente, los que no vienen lo hacen por pereza o por ignorancia. Es cuestión de seguir rezando, ofreciendo sacrificios, insistiendo en la convocatoria y organizando las cosas quizá de otra manera. El problema surge cuando no se acude a una convocatoria diocesana por desinterés o por desprecio a quienes la organizan. Esto puede esconder ciertas dosis de soberbia, resentimiento y falta de fe, que nos hacen mucho daño.

#### *2.4.2. Ante la pérdida del deseo de transmitir la vida*

Otra situación que debemos transformar en signo de esperanza es la *pérdida del deseo de transmitir la vida*, que se constata a nuestro alrededor. Como señala el Papa, esto puede deberse al estrés y el ritmo frenético con el que vivimos, al temor por un futuro en el que faltan las garantías laborales y las necesarias tutelas sociales, y a un modelo social más inspirado en el placer y en la búsqueda de beneficios que en el cuidado de las relaciones. Todo esto hace que el descenso de la natalidad sea preocupante.

Dios ha inscrito en el corazón del hombre y la mujer el proyecto de la paternidad y maternidad responsables. Es una misión que el Creador confía a los esposos, una misión nada fácil, que precisa la colaboración de todos. Los esposos deben ser ayudados por la sociedad y también por la comunidad cristiana. Tratemos de estar cerca de los matrimonios jóvenes y sostengámoslos en su esfuerzo generoso por transmitir la vida. Desde la Delegación de Familia y Vida, con diversas iniciativas, se quiere hacer un esfuerzo, en el curso que comienza, para la promoción de la vida humana. Unámonos a estos proyectos.

Sigamos trabajando en la pastoral familiar, conscientes de que “*el futuro de la humanidad se fragua en la familia*”<sup>14</sup>. La familia es, en efecto, uno de los bienes más preciosos de la sociedad y de la Iglesia. Es un tesoro que hay que cuidar con todo esmero. Quiero agradecer y seguir animando el trabajo, en nuestra Diócesis, de movimientos familiaristas como Equipos de Nuestra Señora o Proyecto Amor Conyugal, que ayudan a tantos matrimonios a descubrir la grandeza de la vocación al amor y al servicio de la vida. La familia, como ninguna otra institución, está sufriendo las rápidas y profundas transformaciones de nuestra sociedad y nuestra cultura, por eso las familias solo podrán sobrevivir a este desafío si saben asociarse a otras familias, que viven los mismos valores y persiguen los mismos fines. Parafraseando el Libro del Génesis, podemos decir que “*no es bueno que la familia esté sola*” (cfr. Gn 2,18).

Si en 1981, refiriéndose a la anticoncepción, el Papa San Juan Pablo II hablaba de una mentalidad anti-vida (*anti-life mentality*)<sup>15</sup>, que asolaba nuestra sociedad; aproximadamente quince años después, ante la extensión de la plaga del aborto, el Papa polaco pasó ya a hablar claramente de una “cultura de la muerte”<sup>16</sup>. Lejos de irse atenuando, esta cultura de la muerte avanza a marchas dobles a nuestro alrededor. En los lugares donde se haya perdido, invito a todos los sacerdotes a recuperar la costumbre, introducida por mi antecesor en la sede complutense, de celebrar la *Misa de la Encarnación*, el día 25 de cada mes, cuando la liturgia lo permita, para pedir por el respeto a la vida humana, desde su concepción hasta su término natural.

#### 2.4.3. Para los que viven en condiciones de penuria

Nuestra comunidad cristiana también tiene que ser signo de esperanza para los que sufren en su cuerpo o en su alma. En primer

---

<sup>14</sup> S. JUAN PABLO II, Exhortación *Familiaris consortio*, n. 86

<sup>15</sup> Cfr. *Ibid.*, n. 30.

<sup>16</sup> *Id.*, Encíclica *Evangelium vitae*, nn. 21. 24. 26. 28. 50. 64. 87. 95 y 100.

lugar, para los *presos*, privados de libertad. En su Bula de convocatoria del Jubileo, el Papa nos anuncia que quiere realizar el gesto simbólico de abrir una Puerta Santa en una cárcel (SNC 10). Es una manera de estar cerca de aquellos que, además de la dureza de la reclusión, experimentan con frecuencia el vacío afectivo y la falta de respeto.

Debido al importante número de presos y centros penitenciarios que existen en nuestro territorio, gracias a Dios, nuestra Diócesis cuenta con una Delegación de Pastoral penitenciaria bien consolidada desde hace tiempo, en la que los sacerdotes y voluntarios realizan una tarea excelente. Sigamos caminando en esta dirección. Ofrezcámonos como voluntarios a esta Delegación, para el acompañamiento pastoral de los presos, para su asesoramiento jurídico y para reclamar condiciones dignas para ellos ante nuestras autoridades. Como pequeño símbolo, hemos pedido a los presos del centro de Estremera que realicen los estandartes en madera que servirán para las peregrinaciones a los santuarios jubilares de nuestra Diócesis.

También debemos ser signo de esperanza para los *enfermos* que están en sus casas o en los hospitales. La peregrinación jubilar incluye la *peregrinación a los enfermos*, tratando de aliviar sus dolores con nuestras visitas, afecto y oración. En este sentido, la Delegación diocesana de Pastoral de la salud, a través de sus capellanes y voluntarios, desarrolla una labor encomiable, que se ha visto enriquecida recientemente con un proyecto de voluntariado en el Hospital Príncipe de Asturias, de la ciudad de Alcalá de Henares. Invito a todos los diocesanos a integrarse a este voluntariado, en la medida de sus posibilidades, y, en cualquier caso, les animo en este Año Jubilar a estar más cerca de los enfermos de su entorno familiar y social.

No podríamos celebrar adecuadamente un Año Jubilar si no estamos cerca de los *pobres* y de los *migrantes*. También para ellos debemos ser signos de esperanza. Además de los 54 puntos de atención primaria de nuestras Cáritas Parroquiales, que desarrollan su labor caritativa cada vez con menos ayudas públicas, debemos seguir

trabajando en nuestro servicio a las personas mayores, desde nuestro Centro de Brea de Tajo; en la atención a las personas sin hogar, en los Centros “San Diego” y “San Juan Pablo II” de Alcalá; y en los proyectos con niños, jóvenes y personas discapacitadas.

De igual modo, también es muy positivo que nuestra reciente Delegación de migraciones esté trabajando de manera coordinada con nuestra Cáritas diocesana. Pensemos que el 70% de las ayudas que se ofrecen desde nuestras Cáritas parroquiales van destinadas a personas de países extranjeros. De esta colaboración están surgiendo proyectos muy hermosos, como los cursos de lengua y cultura para migrantes, y la asesoría jurídica para este colectivo. Siguiendo las últimas directrices de la Conferencia Episcopal Española<sup>17</sup>, debemos procurar que estas personas que llegan a nuestra ciudad de Alcalá y a nuestros pueblos sean tratados dignamente y conozcan los pasos que deben dar para integrarse en nuestra sociedad.

Hablando con los responsables de Cáritas española y de nuestra Cáritas diocesana ha surgido la propuesta de contar en Alcalá de Henares con unos *alojamientos temporales*, en los que poder hospedar, por un tiempo breve, a familias migrantes con hijos que llegan hasta nosotros con necesidades especiales. Sería un bonito proyecto en el que todos pudiéramos colaborar económicamente en este Año Jubilar. Siguen estando vigentes las palabras de nuestro Señor: “*Fui forastero y me hospedasteis [...]. Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*” (Mt 25,35.40).

#### *2.4.4. Para los jóvenes y para los ancianos*

La juventud, en sí misma, representa la esperanza. Si vemos que hay jóvenes en la Iglesia, enseguida brota en nosotros la esperanza. En cambio, cuando vemos que están lejos, experimentamos tristeza e

---

<sup>17</sup> Cfr. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Exhortación *Comunidades acogedoras y misioneras. Identidad y marco de la pastoral con migrantes*, 2024.

incluso culpabilidad. No sabemos qué hemos hecho mal para no haber sido capaces de transmitirles la fe. Nos sentimos como derrotados frente a una ideología hedonista y pragmática que ha influido, en la mayoría de los jóvenes, más que nuestro testimonio y nuestros consejos. Es un problema muy complejo, que nos debe hacer pensar cómo podemos ser un signo de esperanza para los que son un “icono” de la misma.

Como señala el Papa en su Bula, es triste ver que hay jóvenes sin esperanza. Es una contradicción en sí misma, pero real y comprensible. A menudo, sus sueños chocan contra una sociedad excesivamente materialista y competitiva, en la que sus estudios no les ofrecen oportunidades de trabajo, el acceso a una vivienda es casi imposible y parecen cerrarse todas las puertas para un futuro prometedor. Ante este panorama, no es infrecuente que muchos jóvenes se refugien en ciertas adicciones y en una búsqueda vertiginosa del placer efímero, que les sumerge en un gran vacío existencial. A veces, lamentablemente, este vacío les conduce a conductas autodestructivas, que no sabemos bien cómo prevenir ni acompañar.

Los jóvenes son el “ahora de Dios”, no son solo el futuro, sino también el presente de la Iglesia<sup>18</sup>, por eso no podemos defraudarles. Gracias a Dios, en nuestra Diócesis existe una Delegación de infancia y juventud bien organizada, que ofrece muchas posibilidades de evangelización para los jóvenes. Tenemos el gran reto de que todas estas ofertas lleguen a todas las parroquias y puntos cardinales de nuestro territorio, de manera que sean cada vez más jóvenes los que participen en nuestras actividades de pastoral juvenil. La evangelización de los jóvenes supone hacer el esfuerzo de adaptarse a sus horarios y a sus necesidades, implica un “plus” de dedicación y celo pastoral. Aunque muchas veces son inconstantes y poco comprometidos, ellos buscan lugares donde estar juntos y compartir su fe. Demandan momentos de oración, sobre todo de adoración eucarística, y oportunidades de formación y acompañamiento personal, en las que puedan encontrar respuesta a sus preguntas e inquietudes.

---

<sup>18</sup> FRANCISCO, Exhortación *Christus vivit*, n. 64.

Hay que comenzar desde la infancia, con los oratorios de niños, que están haciendo tanto bien, y continuar en la adolescencia, a través de la catequesis parroquial y familiar, buscando la alianza educativa con los colegios; y, de manera especial, aprovechando las actividades de evangelización a través del ocio y tiempo libre, como son las convivencias, los campamentos y colonias. La presión ambiental del individualismo, la excesiva comodidad y el mundo de las “pantallas” dificultan mucho la evangelización de los niños y adolescentes, por eso es bueno sacarles a lugares donde respirar aire puro y disfrutar de la naturaleza.

En este sentido, me permito recomendar el instrumento del escultismo católico, en el que, en un clima de deporte y diversión, una cuidada formación cristiana se combina con una sólida formación humana, en el momento en el que se están construyendo los pilares de la personalidad del adolescente. Quiero pedir a nuestros jóvenes cristianos que ellos no solo sean destinatarios de la pastoral juvenil, sino verdaderos protagonistas, que sean apóstoles de otros jóvenes y no dejen todo el trabajo a los sacerdotes y consagrados. En el año 2025 serán canonizados dos grandes apóstoles de la juventud: los beatos Carlo Acutis y Piergiorgio Frassati. Que ellos nos ayuden a dar un nuevo impulso a la pastoral de infancia y juventud en nuestra Diócesis.

Junto con los jóvenes, también los *ancianos*, que a menudo experimentan sentimientos de soledad y abandono, merecen percibir signos de esperanza. No debemos permitir que nuestros ancianos se sientan como una carga. Tenemos que aprender a valorar el tesoro que suponen para nuestra sociedad y también para la Iglesia. Sus experiencias de vida, su capacidad de dar afecto y su sabiduría acumulada es, muchas veces, un gran referente para los jóvenes. Es emocionante comprobar que muchos jóvenes tienen a sus *abuelos* como modelo en sus vidas. Es un signo que muestra que las diferentes generaciones de una sociedad pueden y deben estar unidas. En este sentido, quiero agradecer y seguir animando el trabajo que el movimiento “Vida Ascendente” está realizando en nuestra Diócesis, para que nuestros mayores, a pesar de sus limitaciones de salud, se sigan sintiendo corresponsables de la misión de la Iglesia.



#### 2.4.5. *Las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada*

Si hay un signo de esperanza que es particularmente necesario en una Diócesis, ese signo son las vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada. Estas vocaciones son para el Obispo como la pupila de sus ojos (*pupilla oculi*), no solo porque es lo más delicado, lo que más debe cuidarse, sino porque a través de las vocaciones se puede contemplar el futuro de una Diócesis<sup>19</sup>.

Por desgracia, no existe una “fórmula mágica” para suscitar las vocaciones, ni una serie de causas humanas de las que se siga necesariamente este efecto. Toda vocación es siempre “un misterio”<sup>20</sup>, en el que la intervención de Dios es “*absolutamente prioritaria, anterior y decisiva*”<sup>21</sup>. El icono de la pastoral vocacional es la experiencia del Apóstol San Andrés, que, encontrando a su hermano Pedro, “*lo llevó a Jesús*” (Jn 1,42). Esto es lo que debemos procurar: llevar a los niños y a los jóvenes al Señor, para que Él los envuelva con su amor y los seduzca con su llamada. Si se olvida este protagonismo esencial del trato personal con Jesucristo, todas las acciones concretas, por muy sofisticadas que sean, serían como un cuerpo sin alma.

La actual crisis vocacional no viene de que Dios haya dejado de llamar, sino de que los jóvenes tienen serias dificultades para escuchar su llamada. Todo esto es consecuencia de la secularización, como fenómeno sociológico y cultural, pero también lo es de nuestra falta de vigor y fervor espiritual. Allí donde la fe está más viva, donde se cultiva la oración y hay celo apostólico, donde se sigue apreciando al valor del sacerdote y la vida consagrada para la Iglesia y la sociedad, la sequía vocacional es menos severa.

---

<sup>19</sup> Cfr. S. JUAN PABLO II, *Discurso* 14-II-2002.

<sup>20</sup> Cfr. ID., Exhortación *Pastores dabo vobis*, nn. 34; 38.

<sup>21</sup> *Ibid.*, n. 36.

Sigue siendo cierto que la familia es el “primer seminario”<sup>22</sup>, por eso los cambios sociales y culturales que están afectando a la familia, sobre todo en cuanto a la disminución de la natalidad, se están dejando sentir en las vocaciones. Es un hecho que las familias son cada vez menos féculdas y menos generosas en la entrega de sus hijos a la Iglesia. Por desgracia, también está bajando el número de monaguillos, que ayudan a los sacerdotes en el servicio del altar. Antiguamente, la mayoría de los sacerdotes habían sido antes monaguillos, lo cual hace pensar que Dios se servía de esta cercanía al misterio de la Eucaristía para hacer sentir su llamada<sup>23</sup>. Quisiera animar a todos los sacerdotes a seguir formando grupos de monaguillos y a contribuir a que la fiesta del *Día del monaguillo* sea un verdadero acontecimiento diocesano.

En la promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, los mismos sacerdotes, seminaristas y consagrados somos los principales agentes de pastoral. Si los jóvenes nos ven alegres y entusiasmados con nuestra vocación, se harán la pregunta vocacional. Si nos ven tristes y apagados, será difícil que se planteen la posibilidad de seguirnos. No hace muchos años, cuando un joven se ordenaba sacerdote, lo hacía con la convicción de que su primera labor al llegar a su parroquia era encontrar a otro joven que ocupara su lugar en el Seminario. Esto significaba mucha fe y mucho amor a Cristo y a la Iglesia, en agradecimiento al don inmerecido de la vocación sacerdotal.

Nuestros Seminarios diocesanos son el corazón de la diócesis<sup>24</sup>. Todos debemos sentirlos como nuestros y ofrecer la ayuda de nuestra oración, nuestro afecto y nuestros recursos, en la medida de nuestras posibilidades. Como sabéis, el curso próximo comenzamos una experiencia de colaboración, con la Archidiócesis hermana de Madrid, para procurar una mejor formación de nuestros seminaristas. A todos os ruego oraciones por el fruto de este proyecto. Los responsables

---

<sup>22</sup> CONCILIO VATICANO II, Decreto *Optatam totius*, n. 2.

<sup>23</sup> Cfr. S. JUAN PABLO II, *Audiencia general* 29-IX-1993.

<sup>24</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Optatam totius*, n. 5.

de la formación debemos cuidar que haya un buen ambiente en nuestros Seminarios, de exigencia y de amor a la Iglesia, que pueda ser estimulante y alentador para otros jóvenes. Tener pocos seminaristas no debe llevarnos a descuidar el necesario discernimiento vocacional. Admitir candidatos sin vocación, a la larga, sería perjudicial para ellos mismos, para las futuras vocaciones y para la misma Iglesia<sup>25</sup>.

Una buena pastoral juvenil y universitaria es la mejor pastoral vocacional. Es importante que, en el contexto de nuestra pastoral juvenil y universitaria, los jóvenes que se estén planteando la vocación consagrada se conozcan y se ayuden, y puedan estar cerca de los seminaristas. En el caso de la vocación, la inseguridad personal es un obstáculo que puede llegar a ser insalvable. La sociología nos recuerda que un individuo que constituye una “excepción” difícilmente resiste en sus criterios u opciones frente a toda una mayoría que seguramente no lo comprende. Los que se sienten llamados necesitan encontrarse e identificarse con otros que están viviendo la misma experiencia. De este modo, pueden expresar con libertad y gozo lo que normalmente se mantiene en silencio y discreción.

En febrero de 2025, la Iglesia en España se prepara para vivir un *Congreso sobre las vocaciones*, con un planteamiento muy interesante<sup>26</sup>: todos hemos de vivir nuestra vida cristiana como vocación, como respuesta a una llamada de Dios. Sin esta “vocación” radical no puede haber “vocaciones” a los diversos estados de vida dentro de la Iglesia. En efecto, todos somos llamados por Dios. Él nos creó por amor. Nos sacó de la “nada” y nos dio una misión en esta vida. Si estamos en este mundo es porque tenemos una misión que cumplir. Nuestra tarea es descubrirla y llevarla a cabo. En la realización de esta tarea estriba nuestra felicidad.

---

<sup>25</sup> Cfr. FRANCISCO, *Discurso 3-X-2014*.

<sup>26</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Documento de trabajo *Del pienso, luego existo al soy llamado, por eso vivo*, 2024.

En los últimos tiempos, quizá se ha subrayado demasiado el concepto de “autorrealización”, de libertad individual para elegir lo que cada uno quiera en la vida. El problema de este planteamiento es que, si se toma de manera unilateral, prescindiendo de Dios, conduce a una gran soledad e individualismo. La vocación se convierte en una “opción” individual, quizá en clave egoísta, que nos separa de Dios y de los demás. Por eso urge recuperar un concepto más auténtico de vocación, como obediencia al plan de Dios, en clave de santidad.

Quiero pedir a toda la Diócesis que rece por las vocaciones. Aunque lo digo casi al final de esta reflexión, es lo más importante. Así nos lo indicó el Señor: *“orad al dueño de la mies para que envíe operarios a su mies”* (Mt 9,38). Él mismo pasó una noche entera de oración antes de llamar a los Apóstoles (cfr. Lc 6,12-18). El Señor no puede permitir que a la Iglesia le falten las vocaciones que necesita, Él ama a su rebaño mucho más que nosotros. A veces, las vocaciones florecen “en racimo”, una primera sirve de testimonio y “tira” de las siguientes. Espero que esto ocurra muy pronto en muchas parroquias y comunidades cristianas de nuestra Diócesis.

## 2.5. En el Aniversario del Concilio de Nicea

En la Bula de convocatoria del Año Jubilar, el Papa Francisco nos hace caer en la cuenta de que el Jubileo coincidirá con el 1700 Aniversario del Concilio de Nicea, el primer gran Concilio Ecuménico de la Iglesia. Convocado por el emperador Constantino y presidido por Osio, Obispo de Córdoba, el Concilio reunió a casi 300 Obispos de todo el mundo, para abordar la gran crisis arriana, que negaba la plena divinidad de Jesucristo. Era un asunto de importancia capital, porque si Jesucristo no es Dios, su vida y su entrega no serían nuestra salvación, sino un simple moralismo. Es decir, que Cristo sería como un maestro o modelo de moral, para que nosotros siguiéramos sus huellas, pero nosotros no estaríamos realmente reconciliados con Dios, porque no habría sido redimida la ofensa del pecado. El Concilio concluyó con la condena de las proposiciones arrianas y con la formulación de un “credo”, que, completado por el Concilio de Constantinopla del año

381, seguimos recitando en la celebración eucarística de los domingos y solemnidades.

Más allá de su importancia dogmática, el Concilio de Nicea refleja la costumbre eclesial, desde los tiempos apostólicos, de reunirse en asambleas para tratar temas doctrinales y disciplinares. Es una costumbre que el Papa Francisco está queriendo impulsar con el Sínodo sobre la sinodalidad, que tendrá su segunda sesión en el próximo mes de octubre. La gran efeméride del aniversario del Concilio de Nicea debe impulsarnos a seguir trabajando de este modo sinodal y corresponsable, cada uno desde nuestra vocación y nuestro lugar en la Iglesia, pero todos importantes y necesarios.

El Papa Francisco nos dice que *“el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”*<sup>27</sup>. Esta forma de trabajo es muy importante para la evangelización, porque nos hace sintonizar, de manera comunitaria, con lo que Dios quiere de nosotros y de esa manera le dejamos la iniciativa a Dios y no partimos de nuestro voluntarismo. Al mismo tiempo que nos hace vibrar unidos, como comunidad de discípulos misioneros, que se ayudan y estimulan unidos para cumplir la voluntad de Dios. Como os decía en mi carta pastoral del año pasado, lo que busca la sinodalidad no es otra cosa que ponernos a todos en estado de misión, asumiendo cada uno nuestra propia responsabilidad.

## 2.6. La esperanza definitiva y el testimonio de los mártires

La gran novedad que aporta la esperanza cristiana a la esperanza humana es dirigirla hacia una realidad que trasciende este mundo. En efecto, la esperanza cristiana es esencialmente *escatológica*, tiende hacia una realidad *definitiva*, tras la cual no cabe seguir esperando. Esta esperanza escatológica nos ayuda a interpretar nuestra historia humana, sobre todo en sus momentos más oscuros, cuando está marcada por el dolor y el fracaso. Así lo hace la literatura apocalíptica, de la Sagrada Escritura, en los peores

---

<sup>27</sup> FRANCISCO, *Discurso* 17-X-2015.

momentos de persecución, cuando parecen dominar la injusticia y la impiedad. Es difícil mantener la esperanza cuando percibimos en nuestro mundo signos ambiguos y hay falsos profetas que nos desorientan. Es el momento de mantener nuestra ancla fija en Dios (cfr. Hb 6,19), Señor de la historia, sabiendo que Dios se sirve de todo, también de lo negativo, para conducirnos a la salvación (cfr. Rm 8,28).

En medio de todas estas luchas, el culmen de la esperanza cristiana se encuentra en el *testimonio de los mártires*, que han sabido ser fieles a las promesas de Dios hasta dar la vida por Cristo. En el caso de los mártires, la muerte violenta por odio a la fe, que parece ser el final de las esperanzas humanas, se convierte en un testimonio indudable de la esperanza definitiva en la vida eterna, donde los justos gozarán para siempre (cfr. Ap 2,10).

Nuestra Diócesis complutense ha sido regada por la sangre de los mártires, especialmente la de nuestros patronos, Justo y Pastor. De aquí también partieron San Félix de Alcalá, en el siglo IX, para recibir el martirio en la Córdoba musulmana; el Beato José de San Jacinto, en el siglo XVII, martirizado en Japón; y el Beato Nicanor Ascanio, en el siglo XIX, que será canonizado en Roma, el próximo día 20 de octubre, y que derramó su sangre en Damasco, a manos de los drusos. Somos deudores de la sangre de estos mártires, cuya memoria debe actualizarse en la liturgia, de acuerdo con los textos propios de la Diócesis que pronto serán aprobados de manera oficial por la Santa Sede.

De igual modo, debemos seguir impulsando las causas de beatificación y canonización de nuestros mártires de la persecución religiosa del siglo XX, tanto la causa del Siervo de Dios Eduardo Ardiaca Castell y XLIII compañeros, que ya está en fase romana; como la causa de D. Valentín Rodríguez Cañas y LI compañeros, que aún está en fase diocesana. Encomendémonos, con memoria agradecida, a estos mártires que dieron la vida por Cristo, siendo para nosotros testigos de la esperanza definitiva. A este respecto, quiero agradecer el enorme trabajo que, para llevar a buen fin estas causas, está desarrollando nuestra Delegación diocesana para la Causa de los Santos.

## CONCLUSIÓN

Al final de nuestro recorrido, pongamos nuestra mirada en Santa María, Madre de la esperanza. Encomendemos a ella este nuevo curso que comienza, para que venga cargado de frutos de vida cristiana para nuestra Diócesis. El Papa Benedicto decía que nuestra vida se parece a un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso. En este viaje, el buen marinero sabe escudriñar los astros, para descubrir la ruta. Nosotros tenemos a Jesucristo, el astro por excelencia, que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero fue María la que, con el “sí” de la Anunciación (cfr. Lc 2,38), abrió la puerta a Cristo, para que la esperanza brillara en nuestro mundo y en nuestra historia. Ella es “Estrella del mar” y “Madre de la Esperanza”<sup>28</sup>.

María dio a luz a la Esperanza hecha carne, pero también tuvo que realizar un camino de esperanza, que es modelo para nosotros. Con el *fiat* de la Anunciación no se aclaraban todas las incertidumbres del futuro. Muchas veces, María no comprendía lo que sucedía a su alrededor, pero guardaba todos los acontecimientos en su corazón, para meditar sobre ellos y llegar a entender su sentido desde la fe (cfr. Lc 2,50-51). Fue una mujer fuerte, que no se vino abajo ante las incertidumbres de la vida, que no se quejó ante Dios ni culpó a los demás. Supo acoger la vida como se presentaba en cada momento, descubriendo siempre la mano providente de Dios, que lleva los hilos de la historia<sup>29</sup>.

Durante la vida pública de Jesús, María supo eclipsarse, acompañando en el silencio a su Hijo, que obedecía a la voluntad del Padre. María reaparece en el momento crucial del calvario, cuando casi todos los demás amigos han desaparecido a causa del miedo. Allí estaba María, al pie de la cruz, siempre fiel al plan de Dios, como una luz de esperanza encendida en medio de la noche más oscura (cfr. Jn

---

<sup>28</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*, nn. 49-50.

<sup>29</sup> Cfr. FRANCISCO, *Audiencia general* 10-V-2017.

19,25). Más tarde, María también estará presente en Pentecostés, en el primer día de la Iglesia de Cristo (cfr. Hch 1,14). Un día glorioso por la acción maravillosa de Dios, pero también lleno de dudas y vacilaciones ante los siguientes pasos que habría que dar. Allí estaba María, para infundir esperanza a aquellos discípulos tan frágiles, que eran enviados al mundo entero. Que también María, bajo la advocación de la Virgen del Val, nuestra patrona, sea para nosotros, en este curso Estrella, Madre y Consuelo.

Recibid mi saludo y mi bendición.

+ Antonio Prieto Lucena

Obispo complutense



